

»cion. Con todo esto, como en profecía me alegro de la llegada de  
 »V. E., regocijome de verle señalar con el dedo, y realégrome de  
 »que salieron verdaderas mis esperanzas, dilatadas en la fama de las  
 »bondades de V. E.» Las expresiones de esta carta son tanto más  
 honoríficas al Conde de Lemos, cuanto más deplorada era la situa-  
 cion del que las escribía. No puede haber mejor ejemplo de una gra-  
 titud noble, sencilla y desinteresada, y estas postreras líneas de Cer-  
 vantes merecen leerse con la misma atencion y respeto con que la  
 antigüedad escuchó los últimos acentos de Séneca.

114 Igual serenidad mantuvo hasta el último punto de la vida. Otorgó testamento dejando por albaceas á su mujer Doña Catalina de Salazar, y al licenciado Francisco Nuñez, que vivía en la misma casa; mandó que le sepultasen en las Monjas Trinitarias, y murió á 23 del expresado mes de Abril, de edad de 68 años, 6 meses y 14 días.

115 Su funeral fué tan oscuro y pobre como lo había sido su persona. Los epitafios que compusieron en alabanza suya no merecían haberse conservado. En su entierro no quedó lápida, inscripcion ni memoria alguna que le distinguiese, y parece (si es lícito decirlo) que el hado siniestro, que le había perseguido mientras vivo, le acompañó hasta el sepulcro, para impedir que le honrasen sus amigos y protectores.

116 Si hubiera florecido este ilustre español en Atenas ó en Roma, le hubieran erigido estatuas y trasladado su vida á la posteridad con aquella noble elocuencia con que sabían honrar el mérito de los claros varones. En España no fué celebrado dignamente entónces por falta de diligencia ó de voluntad: las presentes noticias de su vida, recogidas y ordenadas ahora sin otro objeto que un desinteresado y honesto amor de la patria, merecerán disculpa, si no mereciesen alabanza.

FIN DE LA VIDA DE MIGUEL DE CERVANTES.

## LA GITANILLA

---

Parece que los gitanos y gitanas solamente nacieron en el mundo para ser ladrones: nacen de padres ladrones, críanse con ladrones, estudian para ladrones, y finalmente salen con ser ladrones corrientes y molientes á todo ruedo; y la gana de hurtar y el hurtar son en ellos como accidentes inseparables que no se quitan sino con la muerte.

Una, pues, de esta nacion, gitana vieja, que podía ser jubilada en la ciencia de Caco, crió una muchacha en nombre de nieta suya, á quien puso por nombre Preciosa, y á quien enseñó todas sus gitanerías y modos de embelecocos y trazas de hurtar. Salió la tal Preciosa la más única bailadora que se hallaba en todo el gitanismo, y la más hermosa y discreta que pudiera hallarse, no entre los gitanos, sino entre cuantas hermosas y discretas pudiera pregonar la fama. Ni los soles, ni los aires, ni todas las inclemencias del cielo, á quien más que otras gentes están sujetos los gitanos, pudieron deslustrar su rostro ni curtir sus manos; y lo que es más, que la crianza tosca en que se criaba no descubría en ella sino ser nacida de mayores prendas que de gitana, porque era en extremo cortés y bien razona-

da; y con todo esto era algo desenvuelta, pero no de modo que descubriese algun género de deshonestidad; ántes con ser aguda era tan honesta, que en su presencia no osaba alguna gitana vieja ni moza cantar cantares lascivos, ni decir palabras no buenas; y finalmente, la abuela conoció el tesoro que en la nieta tenía, y así determinó el águila vieja sacar á volar su aguilucho, y enseñarle á vivir por sus uñas.

Salió Preciosa rica de villancicos, de coplas, seguidillas y zarabandas y de otros versos, especialmente de romances, que los cantaba con especial donaire, porque su taimada abuela echó de ver que tales juguetes y gracias en los pocos años y en la mucha hermosura de su nieta habian de ser felicísimos atractivos é incentivos para acrecentar su caudal; y así se los procuró y buscó por todas las vías que pudo, y no faltó poeta que los diese, que tambien hay poetas que se acomodan con gitanos, y les venden sus obras, como los hay para ciegos, que les fingen milagros y van á la parte de la ganancia: de todo hay en el mundo, y esto de la hambre tal vez hace arrojar los ingenios á cosas que no están en el mapa.

Crióse Preciosa en diversas partes de Castilla, y á los quince años de su edad su abuela putativa la volvió á la córte y á su antiguo rancho, que es donde ordinariamente le tienen los gitanos, en los campos de Santa Bárbara, pensando en la córte vender su mercadería, donde todo se compra y todo se vende. Y la primera entrada que hizo Preciosa en Madrid fué un día de Santa Ana, patrona y abogada de la villa, con una danza en que iban ocho gitanas, cuatro ancianas y cuatro muchachas, y un gitano, gran bailarín, que las guiaba; y aunque todas iban limpias y bien aderezadas, el aseo de Preciosa era tal, que poco á poco fué enamorando los ojos de cuantos la miraban. De entre el són del tamboril y castañetas y fuga del baile salió un rumor que encarecía la belleza y donaire de la Gitanilla, y corrian los muchachos á verla y los hombres á mirarla; pero cuando la oyeron cantar, por ser la danza cantada, allí fué ello, allí si que cobró aliento la fama de la Gitanilla, y de comun consentimiento de los diputados de la fiesta desde luégo le señalaron el premio y joya de la mejor danza; y cuando llegaron á hacerla en la iglesia de Santa María, delante de la imágen de la gloriosa Santa Ana, despues de haber

bailado todas, tomó Preciosa unas sonajas, al són de las cuales, dando largas y ligerísimas vueltas, cantó el romance siguiente:

Arbol preciosísimo,  
Que tardó en dar fruto  
Años que pudieron  
Cubrirle de luto,  
Y hacer los deseos  
Del consorte puros,  
Contra su esperanza  
No muy bien seguros:  
De cuyo tardarse  
Nació aquel disgusto,  
Que lanzó del templo  
Al varon más justo:  
Santa tierra estéril,  
Que al cabo produjo  
Toda la abundancia  
Que sustenta el mundo:  
Casa de moneda  
Do se forjó el cuño  
Que dió á Dios la forma  
Qué como hombre tuvo:  
Madre de una Hija,  
En quien quiso y pudo  
Mostrar Dios grandezas  
Sobre humano curso:  
Por vos y por ella  
Sois, Ana, el refugio  
Do van por remedio  
Nuestros infortunios.  
En cierta manera  
Teneis, no lo dudo,  
Sobre el nieto imperio  
Piadoso y justo.  
A ser comunera  
Del alcázar sumo,  
Fueran mil parientes  
Con vos de consuno.

¡Qué hija! ¡qué nieto!  
 Y ¡qué yerno! Al punto,  
 A ser causa justa,  
 Cantárades triunfos.  
 Pero vos humilde  
 Fuisteis el estudio,  
 Donde vuestra hija  
 Hizo humildes cursos.  
 Y ahora á su lado  
 A Dios el más junto  
 Gozais de la alteza  
 Que apénas barrunto.

El cantar de Preciosa fué para admirar á cuantos la escuchaban. Unos decían: «Dios te bendiga, la muchacha.» Otros: «Lástima es que esta mozuela sea gitana; en verdad, en verdad que merecía ser hija de un gran señor.» Otros había más groseros que decían: «Dejen crecer á la rapaza, que ella hará de las suyas; á fe que se va añudando en ella gentil barredera para pescar corazones.» Otro más humano, más basto y más modorro, viéndola andar tan ligera en el baile, le dijo: «A ello, hija, á ello, andad, amores, y pisad el polvito á tan menudito.» Y ella respondió sin dejar el baile: «Y pisarélo yo á tan menudo.»

Acabáronse las vísperas y la fiesta de Santa Ana, y quedó Preciosa algo cansada; pero tan celebrada de hermosa, de aguda y de discreta y bailadora, que á corrillos se hablaba della en toda la corte. De allí á quince días volvió á Madrid, como tenía de costumbre, con otras tres muchachas con sonajas y con un baile nuevo, todas apercebidas de romances y de cantareillos alegres, pero todos honestos, que no consentía Preciosa que las que fuesen en su compañía cantasen cantares descompuestos, ni ella los cantó jamás, y muchos miraron en ello, y la tuvieron en mucho. Nunca se apartaba della la gitana vieja, hecha su Argos, temerosa no se la despabilasen y traspusiesen; llamábala nieta, y ella la tenía por abuela. Pusiéronse á bailar á la sombra en la calle de Toledo por complacer á los que las miraban, y de los que las venían siguiendo se hizo luego un gran corro; y en tanto que bailaban, la vieja pedía limosna á los circunstan-

tes, y llovían en ella ochavos y cuartos como piedras á tablado; que también la hermosura tiene fuerza de despertar la caridad dormida. Acabado el baile, dijo Preciosa:

—Si me dan cuatro cuartos, les cantaré un romance yo sola, lindísimo en extremo, que trata de cuando la reina nuestra señora doña Margarita salió á misa de parida en Valladolid, y fué á San Llorente: dígoles que es famoso, y compuesto por un poeta de los del número, como capitán del batallón.

Apénas hubo dicho esto cuando casi todos los que en la rueda estaban dijeron á voces:

—Cántale, Preciosa, y ves aquí mis cuatro cuartos.

Y así granizaron sobre ella cuartos, que la vieja no se daba manos á cogerlos. Hecho pues su agosto y su vendimia, repicó Preciosa sus sonajas, y al tono correntío y loquesco cantó el siguiente romance:

Salió á misa de parida  
 La mayor reina de Europa,  
 En el valor y en el nombre  
 Rica y admirable joya.  
 Como los ojos se lleva,  
 Se lleva las almas todas  
 De cuantos miran y admiran  
 Su devoción y su pompa.  
 Y para mostrar que es parte  
 Del cielo en la tierra toda,  
 A un lado lleva el sol de Austria,  
 Al otro la tierna aurora.  
 A sus espaldas la sigue  
 Un lucero que á deshora  
 Salió la noche del día  
 Que el cielo y la tierra lloran.  
 Y si en el cielo hay estrellas  
 Que lucientes carros forman,  
 En otros carros su cielo  
 Vivas estrellas adornan.  
 Aquí el anciano Saturno  
 La barba pule y remoja,

*Francisco*

Y aunque tardo, va ligero;  
 Que el placer cura la gota.  
 El dios parlero va en lenguas  
 Lisonjeras y amorosas,  
 Y Cupido en cifras varias,  
 Que rubíes y perlas bordan.  
 Allí va el furioso Marte  
 En la persona curiosa  
 De más de un gallardo jóven  
 Que de su sombra se asombra.  
 Junto á la casa del sol  
 Va Júpiter; que no hay cosa  
 Difícil á la privanza  
 Fundada en prudentes obras.  
 Va la luna en las mejillas  
 De una y otra humana diosa,  
 Vénus casta en la belleza  
 De las que este cielo forman.  
 Pequeñuelos Ganimédes  
 Cruzan, van, vuelven y tornan  
 Por el cinto tachonado  
 Desta esfera milagrosa.  
 Y para que todo admire  
 Y todo asombre, no hay cosa  
 Que de liberal no pase  
 Hasta el extremo de pródiga.  
 Milán con sus ricas telas  
 Allí va en vista curiosa,  
 Las Indias con sus diamantes,  
 Y Arabia con sus aromas.  
 Con los mal intencionados  
 Va la envidia mordedora,  
 Y la bondad en los pechos  
 De la lealtad española.  
 La alegría universal  
 Huyendo de la congoja,  
 Calles y plazas discurre,  
 Descompuesta y casi loca.  
 A mil mudas bendiciones

Abre el silencio la boca,  
 Y repiten los muchachos  
 Lo que los hombres entonan.  
 Cuál dice:—Fecunda vid,  
 Crece, sube, abraza y toca  
 El olmo felice tuyo,  
 Que mil siglos te haga sombra.  
 Para gloria de tí misma,  
 Para bien de España y honra,  
 Para arrimo de la Iglesia,  
 Para asombro de Mahoma.—  
 Otra lengua clama y dice:  
 —Vivas, oh blanca paloma,  
 Que nos has dado por crias  
 Aguilas de dos coronas,  
 Para ahuyentar de los aires  
 Las de rapiña furiosas,  
 Para cubrir con sus alas,  
 A las virtudes medrosas.—  
 Otra más discreta y grave.  
 Más aguda y más curiosa  
 Dice, vertiendo alegría  
 Por los ojos y la boca:  
 —Esta perla que nos diste,  
 Nácar de Austria, única y sola,  
 ¡Qué de máquinas que rompe!  
 ¡Qué de designios que corta!  
 ¡Qué de esperanzas que infunde!  
 ¡Qué de deseos malogra!  
 ¡Qué de temores aumenta!  
 ¡Qué de preñados aborta!—  
 En esto se llegó al templo  
 Del fénix santo que en Roma  
 Fué abrasado, y quedó vivo  
 En la fama y en la gloria.  
 A la imágen de la vida,  
 A la del cielo Señora,  
 A la que por ser humilde,  
 Las estrellas pisa ahora:

A la Madre y Virgen junto,  
 A la Hija y á la Esposa  
 De Dios, hincada de hinojos  
 Margarita así razona:  
 —Lo que me has dado te doy,  
 Mano siempre dadivosa;  
 Que á do falta el favor tuyo  
 Siempre la miseria sobra.  
 Las primicias de mis frutos  
 Te ofrezco, Virgen hermosa:  
 Tales cuales son las mira,  
 Recibe, ampara y mejora.  
 A su padre te encomiendo;  
 Que humano Atlante se encorva  
 Al peso de tantos reinos  
 Y de climas tan remotas.  
 Sé que el corazon del Rey  
 En las manos de Dios mora,  
 Y sé que puedes con Dios  
 Cuanto pidieres piadosa.—  
 Acabada esta oracion,  
 Otra semejante entonan  
 Himnos y voces que muestran  
 Que está en el suelo su gloria.  
 Acabados los oficios,  
 Con reales ceremonias  
 Volvió á su punto este cielo  
 Y esfera maravillosa.

Apénas acabó Preciosa su romance, cuando del ilustre auditorio y grave senado que la oía, de muchas se formó una voz sola que dijo:

—Torna á cantar, Preciosa, que no faltarán cuartos como tierra.

Más de doscientas personas estaban mirando el baile, y escuchando el canto de las gitanas, y en la mayor fuga dél acertó á pasar por allí uno de los tinientes de la villa; y viendo tanta gente junta, preguntó qué era: y fuéle respondido que estaban escuchando á la Gitanilla hermosa que cantaba. Llegóse el tiniente, que era curioso, y escuchó un rato, y por no ir contra su gravedad, no escuchó el ro-

mance hasta la fin; y habiéndole parecido por extremo bien la Gitanilla, mandó á un paje suyo dijese á la gitana vieja que al anochecer fuese á su casa con las gitanillas, que queria que las oyese doña Clara su mujer. Hizolo así el paje, y la vieja dijo que si iría. Acabaron el baile y el canto, y mudaron lugar; y en esto llegó un paje muy bien aderezado á Preciosa, y dándole un papel doblado, le dijo:

—Preciosica, canta el romance que aquí va, porque es muy bueno, y yo te daré otros de cuándo en cuándo, con que cobres fama de la mejor romancera del mundo.

—Eso aprenderé yo de muy buena gana,—respondió Preciosa;—y mire, señor, que no me deje de dar los romances que dice, con tal condicion que sean honestos; y si quiere que se los pague, concertémonos por docenas, y docena cantada docena pagada, porque pensar que le tengo de pagar adelantado, es pensar lo imposible.

—Para papel siquiera que me dé la señora Preciosica,—dijo el paje,—estaré contento; y más, que el romance que no saliere bueno y honesto, no ha de entrar en cuenta.

—A la mia queda el escogerlos,—respondió Preciosa.

Y con esto se fueron la calle adelante, y desde una reja llamaron unos caballeros á las gitanas. Asomó Preciosa á la reja, que era baja, y vió en una sala muy bien aderezada y muy fresca muchos caballeros que, unos paseándose y otros jugando á diversos juegos, se entretenían.

—¿Quiérenme dar barato, zeñores?—dijo Preciosa,—que como gitana hablaba ceceoso, y esto es artificio en ellas, que no naturaleza.

A la voz de Preciosa y á su rostro dejaron los que jugaban el juego y el paseo los paseantes, y los unos y los otros acudieron á la reja por verla, que ya tenían noticia della, y dijeron:

—Entren, entren las gitanillas, que aquí les daremos barato.

—Caro sería ella,—respondió Preciosa,—si nos pellizcasen.

—No, á fe de caballeros,—respondió uno;—bien puedes entrar, niña, segura que nadie te tocará á la vira de tu zapato; no, por el hábito que traigo en el pecho, y púsose la mano sobre uno de Calatrava.

—Si tú quieres entrar, Preciosa,—dijo una de las tres gitanillas que iban con ella,—entra enhorabuena, que yo no pienso entrar adonde hay tantos hombres.